

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

LITURGIA.

ARTÍCULO 26.

Misa solemne de difuntos.

En la misa solemne de difuntos, los ministros omiten los ósculos, así de la mano del celebrante como de los objetos que le presentan ó reciben de él: y aunque saludan al celebrante con inclinacion de cabeza lo mismo que en las otras misas solemnes, no se saludan entre sí: los del coro omiten tambien las saluaciones recíprocas. El celebrante no pone incienso antes de salir de la sacristía, y el turiferario vá al altar con las manos juntas seguido de los acólitos con los ciriales. Despues de la confesion, los ministros no suben al altar con el celebrante; sino que quedan el Diácono en el penúltimo escalon y el Subdiácono en el primero. Cuando el celebrante besa el altar hacen los ministros genuflexion cada uno en su sitio el uno trás del otro, y ván al lado de la epístola para acompañar al celebrante en el Introito, al cual no precede incensacion, ni señal de cruz sobre sí, únicamente sobre el mi-

sal la hace el celebrante. Todos los del coro, y lo mismo los ministros inferiores del altar, están de rodillas mientras las oraciones que canta el celebrante, y lo mismo desde el *Sanctus* inclusive hasta el *Pax Domini* exclusive; y mientras la última oracion hasta el último evangelio exclusive. El Subdiácono, habiendo cantado la epístola, haciendo genuflexion en medio del escalon mas bajo, vuelve el libro á aquel de quien lo recibió, y pasa el misal al lado del Evangelio, sin besar la mano del celebrante, ni recibir de él la bendicion. Si hay la costumbre de repartir velas, deben distribuirse despues de la epístola mientras se canta la sequencia, y han de tenerse encendidas mientras el Evangelio, y desde la elevacion hasta la comunion ambas inclusive. El Diácono antes de cantar el Evangelio no pide la bendicion, ni besa la mano del celebrante; dice solamente el *Munda cor meum* y esto cuando el coro canta *Oro suplex*; si el celebrante y ministros estuviesen sentados al cantar las dichas palabras se levanta el Diácono, saluda al celebrante y vá á decir el *Munda cor meum*. Cuando se levanta para tomar el libro ván el

Subdiácono, el maestro y los acólitos sin ciriales á colocarse en el plano del altar y allí esperan al Diácono, y cuando este baja hacen todos juntos la genuflexion sobre el último escalon, y ván al sitio acostumbrado para cantar el Evangelio. El celebrante, si está sentado, se levanta al cantar el coro *Pie Jesu Domine* y vá al lado de la epístola por el camino mas corto: y si no estuviese sentado marcha igualmente desde el medio del altar, haciendo inclinacion á la cruz al *Pie Jesu*. Para evitar el quedar solo sentado puede, segun Baldeschi, sentarse con los ministros apenas acaba de leer la sequencia, y levantarse luego cuando el Diácono vá por el libro, y entonces leer el Evangelio. En el Evangelio no hay incensacion ni del libro, ni del celebrante. Mientras el Evangelio, los dos acólitos permanecen con las manos juntas á un lado y otro del Diácono, haciendo los signos de cruz é inclinaciones que él hace. Concluido el Evangelio vá el celebrante al medio del altar; el Subdiácono cierra el libro y lo entrega al maestro de ceremonias, sin llevarlo al celebrante para que lo bese, y todos ván al altar y hacen la genuflexion sobre el escalon mas bajo, y los ministros sagrados ván á su plaza á la espalda del celebrante, el turiferario vá á la sacristía por el incensario y los acólitos á la credencia. Cuando el celebrante canta *Oremus* hacen genuflexion en su sitio el Diácono y Subdiácono, aquel sube á la derecha del celebrante, y el Subdiácono vá á la credencia por el cáliz y bolsa con los corporales; todo lo lleva al altar sin cubrirlo con el paño de hombros que no tiene uso en esta misa. El Diácono toma la bolsa, saca de ella el corporal y le estiende como en las otras misas solemnes: el Subdiácono entre tanto descubre el cáliz y entrega el velo al acólito para que le lleve á la credencia. Otro acólito con las vinageras debió acompañar al Subdiácono cuando trajo el cáliz de la credencia. Descubierto el cáliz pone en él vino el Subdiácono y luego un poco de agua, sin presentarle al celebrante ni pedir la bendicion. El Diácono, despues de ofrecida la hostia, toma la patena y la pone debajo del corporal, como se pone en las misas rezadas, cubriendo con el purificador la mitad que queda fuera del corporal. El Subdiácono, despues de poner el agua en el cáliz, entrega la vinagera al acólito y pasa á la izquierda del celebrante haciendo en medio genuflexion. El celebrante recibe del Diácono el cáliz y le ofrece como en las otras misas solemnes; bendice luego el incienso é incienso la oblata y el altar del mismo modo, despues que es incensado, el celebrante se lava las manos sirviéndole el agua el Subdiácono y la tohalla el Diácono, con mediana inclinacion antes y despues: devuelven inmediatamente los ministros sagrados la vinagera y tohalla á los acólitos de quienes las recibieron, y se colocan á la espalda del celebrante y ván con él al medio del altar, y allí el Diácono responde el *Orate fratres*. El maestro de ceremonias se coloca junto al misal á la izquierda del celebrante, y pasa las hojas de las secretas; y si no lo hubiere sube el Diácono á hacerlo, debiendo bajar á su

sitió al principio del prefacio, y en este y en los *Sanctus* todos los ministros así los sagrados como los inferiores hacen lo mismo que en las otras misas solemnes. Cuando el Diácono ha hecho la genuflexion al *Quam oblationem* para pasar de la izquierda á la derecha del celebrante, el Subdiácono hace genuflexion en su sitio, y vá á arrodillarse sobre la grada mas baja al lado de la epístola, vuelto hácia el lado del Evangelio; entre tanto el turiferario pone incienso en el incensario y lo entrega al Subdiácono, quien incienso el Santísimo Sacramento tres veces mientras la elevacion de la hostia y otras tres mientras la elevacion del cáliz; con inclinacion profunda antes y despues. En seguida devuelve el incensario al turiferario y vá á su plaza á la espalda del celebrante y allí hace genuflexion y permanece de pié hasta el *Pax Domini*. A las palabras *Et dimitte nobis* hace el Diácono genuflexion y sube al altar para presentar la patena al celebrante. El turiferario apenas recibe del Subdiácono el incensario vá á dejarle en la sacristia, y los acólitos de las hachas quedan con ellas de rodillas hasta la comunion inclusive. Al *Agnus Dei* los ministros sagrados suben al altar y los dicen con el celebrante, pero sin golpear el pecho. Luego cambian de sitio y sirve el Subdiácono las vinageras como en las otras misas solemnes. El Diácono al cantar *Requiescant in pace* no se vuelve al pueblo, y el celebrante debe decirlo igualmente en voz baja. Como no hay bendicion el Diácono y Subdiácono no se ponen de rodillas, sino que al punto

que el celebrante ha besado el altar, suben, sin hacer genuflexion, al lado del Evangelio y allí acompañan al celebrante mientras lee el Evangelio de San Juan. Si hay oracion fúnebre se dice despues de la misa; el orador no pide la bendicion, sino que sube al púlpito despues de hacer arrodillado delante del altar una pequeña oracion: el celebrante debe asistir con capa y los ministros con dalmáticas, sin manípulos.

Las misas solemnes de difuntos se prohiben en los mismos dias en que están prohibidas las privadas; únicamente las de cuerpo presente se permiten en los dias dobles y fiestas de primera clase, esceptuándose únicamente el dia de Natividad y Epifanía del Señor, primer dia de las Pascuas de Resurreccion y Pentecostés, de la Ascension, del Corpus, de la Natividad de San Juan Bautista, de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de Santiago, la Asuncion y Concepcion de la Virgen, la fiesta de Todos los Santos, del Patrono y Titular principal del Pueblo, en el segundo tríduo de la Semana mayor y cuando está espuesto el Smo. Sacramento. Tampoco pueden decirse misas de *Requiem* ni aun de cuerpo presente en los domingos y fiestas de precepto en aquellas iglesias parroquiales en que no hay mas que un sacerdote, pues este debe decir la misa parroquial y aplicarla *Pro populo*.

Las misas solemnes *Pro defuncto pri-die sepulto* se prohiben en todos los domingos y fiestas con obligacion de oír misa; y en las fiestas dobles de primera y segunda clase, y en las ferias, vigi-

lias y octavas privilegiadas que escluyen fiesta doble.

Insertamos á continuacion una interesante carta, recibida hace pocos dias en esta corte, del Illmo. Sr. D. Fr. Rosendo Salvado, Obispo de Puerto-Victoria:

Mision benedictina de la Australia.

PERTH 17 de marzo de 1854.

Sr. D. Z. S.

Mi dueño, hermano é inolvidable amigo: Creo que si V. juzga de mi amistad por el largo silencio que he guardado con V., le sobrar  razon para dudar de ella; pero si atiende á mis gravísimas ocupaciones, tendrá fundado motivo para disculparme. Por otra parte, como V. supo de mí por las cartas que escribí á esa corte desde el Cabo de Buena-Esperanza y desde Forementle, no quise repetir   V. en otras lo que en ellas decia, por no usurpar el tiempo que necesitaba para la conversion de estos infelices indígenas. Creo, por lo tanto, que V. no se habrá ofendido por esto. Es bien fácil de suponer que cuando uno llega, despues de una larga navegacion, al punto de sus deseos, los negocios le abruman en una conformidad que no le dejan ni aun lugar para cumplir con aquellas personas á quienes está mas reconocido. Ahora bien: si esto sucede   un mero individuo,  qu  no me pasaria   mí, que tuve que atender á mi cuidado y al de cuarenta y tres mas que me acompañaban? Le aseguro

que el tiempo me hacia falta para todo y que los dias me parecian horas. Al poco tiempo de haber anclado en el puerto de Forementle, S. E. el Illmo. Señor Serra vino   vernos á bordo. El consuelo que me causó el verle y abrazarle despues de tan larga ausencia y viajes tan peligrosos, se troc  en amargura al comunicarme su resolucion de partir para Roma. Me esperaba ansiosamente para encargarme de todo y marcharse en seguida   la ciudad eterna, en donde le llamaban negocios gravísimos, como el de los matrimonios mistos, etc. Le confieso   V. que sola la idea de que S. E. nos abandonaba, siquiera no fuera mas que temporalmente, me quit  el preciso descanso. Pero despues de algun tiempo de reflexion, abism ndome en los inescrutables designios de nuestro buen Dios, me puse en sus manos, y empecé á trabajar con entera confianza en su misericordia.

Despues del desembarco, que fue en la tarde del 17 de agosto de 1853, todos,   media noche, marcharon, para Perth los unos, y para el nuevo monasterio de Subiaco, los otros. Yo me qued  para activar el transporte del equipaje, siguiendo, en cuanto lo hub  conseguido,   los hermanos que se habian dirijido   aquella ciudad. En ella permanecí algun tiempo ayudando, en cuanto podia,   S. E., y arreglando todo lo que habíamos traido de Europa. Esto, mas que lo que parece, nos dió que hacer. Hay desgraciadamente por aquí muchos aficionados   lo ajeno, y con el fin de apartar de su vista el objeto de que tanto se enamoraban sus ojos, y aun mas su corazon, dispuse

encerrarlo, pues el hacerlo en otro paraje era imposible, en una casa de madera, que para esto improvisaron inmediatamente los misioneros.

El tiempo mientras tanto pasaba velozmente, y mis deseos de trasladarme á Nueva-Nursia no se satisfacian. Los negocios que rodeaban á S. E. me tenian á su lado para ayudarle, en cuanto me lo permitian mis fuerzas, á que su carga le fuese mas llevadera. En esto, el gobernador de la colonia, á quien habíamos visitado; segun costumbre, nos convidó á comer. Su señora dijo entonces al Illmo. Sr. Serra, en tono de confianza: «Supongo que ya habrá V. desistido del proyecto de abandonarnos.— Amo mucho á los salvajes, señora, contestó S. E., para que renuncie á ese aparente abandono. Por ellos vuelvo á Europa, y por ellos tornaré aquí.» Por fin, llegó para mí el deseado dia de ver nuevamente á Nursia. El 17 de octubre, acompañado del P. Aragon, que habia venido de la mision para visitarme, emprendí el camino, y el 18 por la tarde ya me encontraba en el antiguo teatro de nuestras fatigas. ¡Sea Dios bendito por el placer que esperimentó mi alma al encontrarse despues de tanto tiempo en aquel lugar, tal vez destinado por su providencia (me anima esta dulce esperanza) para difundir en estas apartadas regiones la refulgente luz de su Evangelio! Pocos salvajes encontré allí, porque, á la verdad, poco tambien se habia podido hacer por ellos. Los negocios y disturbios fueron tantos y tan continuos, que el ilustrísimo Sr. Serra no pudo visitarlos en los últimos años.

Sin embargo, las cosas materiales de la mision las encontré en mejor estado del que era de suponer. Aquel mismo dia llegaron algunos hermanos, y al siguiente todos empezamos á trabajar. Era de ver con qué afan cortaban unos árboles, mientras otros los aserraban. Aquí se amasaba barro; un poco mas allá se cocia ladrillo; en otra parte se abrian zanjas, y, finalmente, en otro lugar preparaban instrumentos para el trabajo. Yo procuraba ayudarlos á todos segun podia, y en poco tiempo vimos concluido un molino de viento. Empezamos sin demora la construccion de una iglesia, de la que teníamos gran falta, pues la que habia era demasiado pequeña. Bendije solamente los primeros ladrillos, y, entre otras cosas santas, coloqué en los cimientos algunas medallas de nuestro gran P. San Benito.

Engolfado en estas ocupaciones y en animar á los salvajes, que cada dia concurrían en mayor número á la mision, el tiempo volaba. Volví á hacer un contrato general con ellos, semejante al celebrado en otra ocasion; segun describo en la historia que publiqué en Roma, y tuve el consuelo de observar que gustosísimos accedieron á él por segunda vez. Entonces tambien se principió la escuela diaria para el conocimiento de nuestra santa religion y sus divinos misterios. Todos los salvajes acudían, al toque de campana, á instruirse; y aquel lugar en el cual las sombras de la muerte tenían su asiento, empezaba á bañarse de la verdadera luz que bajó del cielo.

En esto recibí una carta de S. E., en la cual me decia desde Albany (unas

oien leguas de este punto, en donde se encontraba haciendo la santa visita) que se embarcaba para Roma en un vapor que acaba de tocar en aquel puerto, y que me encargaba todas sus tareas apostólicas. Yo continué algunos días más en la misión; pero conociendo que mi presencia era necesaria en la capital, partí para ella el 16 de noviembre de 1853.

En el camino hice noche en medio de los bosques, y á gran fortuna tuve el encontrar dos hermanos misioneros que conducían un carro. Partieron conmigo su cena, que se reducía á un pedazo de pan y una taza de té; y recostándome sobre una porción de yerba y la silla del caballo en que viajaba, dormí perfectamente. A la mañana siguiente continué mi camino, y en la tarde de aquel mismo día llegaba á la ciudad, en donde empezaba para mí una larga serie de trabajos. Día y noche, como si no me fuera lícito entregarme al indispensable descanso, tenía que atender al cuidado de esta pobre grey, á la cual rodean tan grandes peligros que no es fácil enumerar. Llegó, ínterin tanto, la fiesta de la Natividad, que celebramos, comparativamente, con la mayor pompa: fué la primera vez que hice uso, en los maitines que se cantaron solemnemente á media noche, del pontifical. A los dos ó tres días me puse nuevamente á caballo para Nursia, que dista de aquí unas 8½ millas; y á mi llegada me esperaba uno de los consuelos más grandes con que Dios en su misericordia se digna animar la vocación que se ha servido concederme. Los pobres salvajes

habían hecho ya tan grandes progresos en la doctrina cristiana, que los más, especialmente los niños y los jóvenes, repetían el Padre nuestro, el Ave María, la Salve, etc. Habiéndoles prometido, cuando me se separé de ellos para ir á Perth, que á mi regreso les marcaría los sitios en donde debían de edificar sus casas, me puse á hacerlo inmediatamente. Los indígenas no veían la hora de empezar á trabajar; pero hasta el 5 de enero del presente año no se pudieron abrir los cimientos para la primera casa que debía albergar una familia entera. El siguiente día fué de descanso material, y el 7 me puse en camino para regresar á Perth, dejando encargado de lo que había que hacer al celoso P. Garrido y al infatigable P. Aragon. Por haberme extraviado en los bosques, anduve, en vez de sesenta, setenta millas. No obstante, después de haber hecho noche en una casa que encontré, llegué á la capital, en donde celebré, á mi arribo, el santo sacrificio de la misa.

Conque ahora, amigo mío, aquí me tiene V. remando día y noche para sacar adelante esta pobre barca, á la cual Dios libre, por su infinita misericordia, de un naufragio.

Si lo que acabo de decirle en compendio tuviera que hacerlo más circunstanciadamente, en vez de carta, le remitiría un volumen.

Encargue V. á todos cuantos se interesan por la santa obra que hemos emprendido, que nos auxilién con sus oraciones, porque de otro modo estamos espuestos á perecer por falta de recur-

sos, que mas que nunca necesitamos. ¿A dónde iré yo para vestir, calzar y dar de comer á tanta gente? Este solo pensamiento, si no fuera por la confianza que tengo en las divinas misericordias, era capaz de quitarme la vida. No deje V., le ruego muy encarecidamente, de hacer por nosotros todo lo que pueda. Al señor obispo de Osmá, dígame de mi parte cuán grato me ha sido el haber leído en los periódicos ingleses su nombre como uno de los mas acérrimos defensores de nuestra santa religion; y despues de comunicar á todos nuestros hermanos y bienhechores de la santa mision (á los cuales estoy muy reconocido) mi afecto, disponga del que le profesa su verdadero amigo y capellan.—FR. ROSENDO, *Obispo de Puerto Victoria.*

VARIEDADES.

CORIA 18 de junio.

En estos momentos, pasadas las primeras dolorosas impresiones, escribo á usted, Sr. Director, lleno de alegría cristiana. Uno de esos naturales acontecimientos, pero que siempre infunden espanto aun á los mas *despreocupados*, puso en consternacion ayer mañana á la poblacion entera.

Como á las once se oyeron lejanos truenos, precursores de una deshecha tormenta, y serian las doce y cuarto cuando las campanas de la catedral anunciaban que un fuego devorador consumia, á decir de la asustada muchedumbre, el lindo coro, el retablo del altar mayor y el órgano grande, apreciado como uno de los mejores de

España. Del seno de una negra nube se desprendió entre espantosos estruendos, un rayo ó centella, que penetrando, no se sabe por dónde, en la iglesia, la conmovió hasta en sus cimientos.

Un siniestro resplandor iluminó el templo; pero se apagaron todas las velas que alumbraban al Santísimo Sacramento. Una nube de denso humo de azufre impedía ver los objetos y ahogaba la respiracion. O debieron caer varias chispas eléctricas, ó se dividió la exhalacion, porque en distintas direcciones se han visto sus efectos. La principal cayó sobre el órgano, y describiendo primero un diagonal, y luego una curva, corriendo por las franjas de oro de las colgaduras de la capilla principal, fue á sepultarse por entre el basamento de mármol que sostiene una de las columnas principales del magnifico retablo.

Como Dios queria hacerse admirable en su misericordia, dispuso las cosas de manera que, recien acabada la funcion matutina, solo existiesen en el templo los señores arcediano y beneficiado Soberon, que, llenando su turno, hacian la guardia al Santísimo Sacramento, segun que es de instituto en las catedrales en la octava del Corpus. Entrambos, al desplomarse la exhalacion, cayeron aturridos: el humo sulfuroso ahogaba, y asfixiados hubiesen quedado sin la elevacion y anchura portentosas del magestuoso edificio.

A los primeros lastimeros ayes que dió el señor arcediano, creyendo que la catedral se habia hundido en parte, y que en parte ardía, como por encanto

aparecieron todos los capitulares, la autoridad civil, la poblacion entera; porque esta poblacion, sobre su religiosidad, comprende que la catedral es Coria, y porque en vano se lucharía contra la realidad de mas de catorce siglos que enseña que esta antiquísima ciudad es la capital de esta antigua diócesi, centro necesario de toda su vida eclesiástica, de toda su importancia tradicional.

Confundidas allí todas las clases, ¡*gracias á Dios!* exclamaron todos, una vez cerciorados de que no había ninguna víctima, y de que había sido mayor la alarma que reales eran los temidos destrozos. Metido por un señor capitular el viril en el sagrario, se examinaron las azoteas de la catedral, y todos aquellos sitios donde mayor era la humareda. Todavía no se ha podido averiguar por dónde penetró la exhalacion: solo ha padecido, no se sabe si mucho, el soberbio órgano grande y las colgaduras de terciopelo que están por aquel lado.

A tiempo que algunos señores capitulares, ya recobrados de su terror, conferenciaban sobre funciones de accion de gracias, hacia al señor dean análogas indicaciones el señor alcalde presidente. Acordar y obrar fué cosa de un momento, porque solo así se cumplía con el mas sagrado de los deberes, porque solo así se satisfacía la ansiedad pública. A las tres comenzaron los repiques generales, y á las tres y media no se cabía en la catedral: reunidos á las cuatro en la capilla mayor el cuerpo capitular, y el dignísimo ayuntamiento,

entre los lloros de los circunstantes, señalándose los tan prodigiosamente salvados, se manifestó á su Divina Majestad y se cantó el *Te-Deum*; siguieron cantadas, como son aquí siempre, las horas canónicas, vísperas, completas, maitines y laudes: la iglesia estuvo siempre llena hasta las siete dadas, en que se reservó.

Hoy, concluida la misa conventual con sermon, donde se hicieron oportunas llamadas al inolvidable beneficio que Jesus sacramentado acaba de dispensar mientras los señores capitulares cantaban *Sesta* y *Nona*, los repiques de las campanas congregaron al ayuntamiento y al pueblo. Se celebró misa solemne votiva de gracias; por la tarde después del coro, se entonó el *Te-Deum*, que continuó cantándose, llevando por toda la catedral en triunfo y procesion solemne al augusto Sacramento, con el cual se dió la bendicion á la muchedumbre, que lloraba de inmensa alegría. *Gracias á Dios* mil veces sean dadas gracias á Dios, porque lo que se presentó como la mayor calamidad ha concluido con lágrimas de gratitud, con golpes de pecho, con implorar el perdon de los pecados y las misericordias del cielo.

Se dice que el cuerpo capitular ha acordado perpetuar la memoria de tan insigne beneficio, para lo cual, se añade, ha oficiado al Illmo. Prelado, que si no se halla ya en Cáceres recibirá la comunicacion en Sevilla, adonde parece va con real licencia, con el objeto de bañarse. La poblacion responde reconocida al interés que ha desplegado el cuerpo capitular, compuesto casi en totalidad de personas que no han nacido en Coria.